

Eneida de Virgilio, en la traducción de Tomás de Iriarte (1787)

Francisco Salas Salgado

«La *Eneida* es, en una apreciación unánime de los conocedores de la literatura latina antigua, la cima de dicha literatura, el más inequívoco producto del clasicismo romano, fruto no sólo de la plenitud y colmo de un proceso histórico, sino también, simultáneamente, de la madurez espiritual y creativa de su autor». Estas palabras de V. Cristóbal (1992: 11), haciéndose eco de una de las consideraciones más difundidas entre los estudiosos de la literatura latina, descubre, sin ir más allá, el motivo de la trascendencia que el poema épico virgiliano ha tenido –y seguro seguirá teniendo– por servir de modelo sobre el cual se generaron muchas obras escritas en lengua vernácula en todas las épocas literarias. En los literatos posteriores al siglo XVII y en el siglo XVIII va a ser la obra bucólica y didáctica del poeta latino la que acapare mayor atención (Cristóbal 1992: 126); sin embargo todavía existía interés en recordar y revivir las andanzas del que llegaría a ser fundador de la estirpe romana. A esta tarea, evidentemente, contribuyeron las traducciones que se hicieron de la *Eneida*, entre las que se incluye la de los cuatro primeros libros del poema épico latino debida a Tomás de Iriarte.

No era ya desconocido Iriarte cuando publicó esta versión parcial. Muy al contrario, apareció esta obra en un momento en que el autor canario había ganado una notable posición entre los escritores del Parnaso literario español, obtenida, sobre todo, según refiere E. Cotarelo (2006: 347), tras la aparición de sus *Fábulas literarias* y su traducción de la *Poética* de Horacio, obra ésta, como es sabido, conocida más por la ruidosa polémica que desató que por las cualidades y méritos que tiene.

También con la traducción de la *Eneida*, que había anunciado Iriarte en su obra *Para casos tales*, se esperaba algo parecido a lo que ocurrió con la de Horacio, por ver si en la misma se desataba de nuevo ese espíritu crítico del canario que tantos problemas le causó en más de una ocasión.

Pero, quizás, escarmentado en disputas pasadas o agraviado como estaba por un nuevo achaque de su enfermedad (la cita de Propercio, II, elegía VIII, *si deficiant vires... / sat est* tiene que ver seguramente con ello), Tomás de Iriarte tuvo cuidado en no entrar a descomponer, como hizo en la versión de la *Poética*, las otras traducciones anteriores a la suya y ganarse con ello la reprimenda de muchos que hubieran deseado que lo hiciera. Realizada, como menciona, en tres meses de postración forzosa, lo que

da a entender la capacidad de trabajo de este autor, en nada se parece esta traducción a la de Horacio desde su propia introducción –ya lo advertía el propio don Tomás–, pues como refiere también Cotarelo (2006: 348), «si confesaba que eran excelentes [las otras traducciones], reconocía tácitamente ser la suya innecesaria; y si las calificaba de defectuosas, o se exponía a no ser creído si no presentaba ejemplos, o a incurrir en la nota de prolijo, censor acre o envidioso si demostraba su tesis».

Aunque la muerte impidió la continuación de esta traducción (según refiere Menéndez Pelayo 1952a: II, 249, abandonó la traducción del libro v de la *Eneida* para redactar las *Lecciones instructivas de Geografía e Historia*), parece que pasó desapercibida entre el público, aunque esta apreciación no quita para que fuera (re)conocida, sobre todo posteriormente.

A través también de Menéndez Pelayo (1952a: II, 248), quien sigue en ello a Martín Fernández de Navarrete, sabemos algo más de los comienzos de esta versión de Virgilio. Parece, así, que Iriarte pensaba escribir un poema épico cuyo asunto fuera la conquista de México por Hernán Cortés, pero desistió de esta tarea y se avino a traducir el gran poema épico virgiliano, no en su totalidad, traducción que aparece en el tomo III de la *Colección de obras en verso y prosa* de este autor, tanto en la primera edición (Benito Cano, 1787) como en la segunda (Imprenta Real, 1805), ambas publicadas en Madrid.

Habían precedido a la traducción de Iriarte las realizadas en el siglo XVII por Cristóbal de Mesa (Madrid, 1615) y por Juan Francisco Enciso y Monzón (Cádiz, 1698). Pero todavía circulaban dos versiones que gozaban de gran predicamento entre el público erudito desde su primera aparición pública, a saber, la realizada en el siglo XVI por Gregorio Hernández de Velasco, que se vio reeditada hasta la saciedad (según refiere Echave-Sustaeta 1964: 108, alcanzó catorce ediciones hasta el año 1838, añadiéndose en cada una de ellas suplementos varios) y la del humanista toledano Diego López, aparecida en 1650, en prosa, que hasta 1721 conoce quince ediciones (Izquierdo 1989: 550).

Sin embargo, otros datos obtenemos a través de la propia traducción. Justamente, la misma, acompañada de texto latino, tiene gran interés desde el punto de vista de la traductología moderna por llevar un prólogo donde el literato canario refiere consideraciones varias sobre comentadores y traductores, en un alarde de buen hacer filológico, distinto a lo que hizo en su traducción de la *Poética* de Horacio, percibiéndose también aquí algunas consideraciones teóricas.

El propio Menéndez Pelayo (1952a: II, 248), con su acerada crítica siempre dispuesta, otorga su beneplácito a este prólogo «escrito con la discreción y sano juicio característicos de Iriarte, en que se habla del mérito de Virgilio, de las dificultades que presenta para su interpretación, de la pobreza de las lenguas modernas comparadas con la Latina, de los comentadores y traductores que conviene consultar, etc.».

Y, en efecto, amén de ciertas cuestiones (superior talento poético de Virgilio, incapacidad suya de acrecentar la fama de aquél, la incomparable grandeza de la *Eneida*, no igualada por otro poema épico), y tras hablar de la época de Virgilio y del ambiente en que pudo forjarse el poema, con mención de Augusto y Mecenas, sugiere

que nadie que sea capaz de entender el poema en la lengua original lo lea en ninguna traducción –menos en la suya–, abundando en el tópico que desde Lucrecio hablaba de la pobreza de la lengua patria (para Iriarte, Salas Salgado 1999: 191-192), llena de artículos y preposiciones usados para suplir los casos y de incómodos verbos auxiliares, tímida en el uso de las figuras, de menguada capacidad poética, escasa de términos equivalentes a la abundancia que tenía la lengua latina e incapaz de expresar figuras que en Virgilio resultaban llamativas y que tras su traslación al castellano se desvanecen.

Todos estos inconvenientes (unidos a la diferencias existentes en todos los órdenes entre el mundo romano, en este caso el mundo expresado por Virgilio, y la mentalidad dieciochesca) son excusa para que de forma velada, pero evidente, Iriarte manifieste la imposibilidad de una traducción literal, necesitando en muchas ocasiones de circunloquios para expresar con la mayor exactitud posible lo que en Virgilio era claro y que en la lengua de llegada puede parecer incomprensible. Por todo ello su principal intención es dar una idea lo más puntual del texto de Virgilio, evitando cualquier concesión que pueda entorpecer el entendimiento del texto latino a todos aquellos cuyo conocimiento de la lengua del Lacio resultara escaso.

Se adelanta a las posibles críticas aduciendo (no deja de ser ello una variante del «tópico de la falsa modestia») que los problemas que pudiera tener su versión no vienen de la inferioridad de la lengua castellana, sino de la suya propia.

Interesante resulta, además, la referencia a traducciones que ha tenido en cuenta, tanto extranjeras («las toscana de Aníbal Caro y Ambrogi, las francesas de Segrais, Catrou y Desfontaines, la inglesa de Dryden, la portuguesa de Barreto») como españolas («Gregorio Hernández de Velasco, Juan Francisco Enciso Monzón, y otra hecha en prosa, que reimprimió en Valencia Don Gregorio Mayans, atribuyéndola por meras conjeturas al maestro Fray Luis de León»), de las que ha sacado muchas observaciones, que pensaba publicar más tarde, cuando hiciera la traducción completa.

Realizada en romance endecasílabo, «metro desdichado para trabajos de esta índole, pues ni tiene las ventajas de la rima, al paso que reúne todos sus inconvenientes, ni la soltura y clásica gallardía del verso suelto», según Menéndez Pelayo (1952b: VIII, 378), donde se conserva en cada uno de los cantos un mismo asonante, en general, la traducción de Iriarte ha recibido el beneplácito de la crítica, que ha acogido bien su trabajo como traductor (parece ajustarse al texto virgiliano) y no tan bien la poca calidad poética de la misma. Como indica Menéndez Pelayo (1952a: II, 249) «el texto esta casi siempre bien interpretado, y en este punto sólo elogios merece Iriarte. La poesía del original se echa de menos con harta frecuencia, sin que por eso se noten ridículos prosaísmos, pecando más bien de frialdad esta traslación y siendo seco, duro y no poético el estilo más bien que rastrero y desaliñado». La falta de penetración del espíritu virgiliano, la armonía entre el alma del traductor y del poeta, en resumen, la falta de poesía son también defectos que el crítico santanderino destaca de esta versión, a la que considera «una reproducción académica correcta, pero helada, sin fuego, sin vigor y sin nervio. ¡Qué Dido tan vulgar y tan pobre, es la de Iriarte!» (Menéndez Pelayo

1952a: II, 249). Fue Quintana quien juzgó esta traducción sentenciando: «El texto está reproducido; la poesía no» (Menéndez Pelayo 1952b: VIII, 378).

Pero, a pesar de estos defectos (debe reconocerse en todo caso que la intención de Iriarte no era otra que dar a conocer en lengua patria, sin aderezos, un texto en latín para los no versados), la versión iriartiana de la *Eneida* no pasó tan inadvertida, como ya se dijo. Antes incluso de que saliera publicada, se sabía de la misma.

Ciertamente, Cotarelo (2006: 356-358) menciona que, en respuesta al artículo que sobre España había escrito Masson de Morvilliers para la *Encyclopédie méthodique* (en un tomo de la Geografía), donde dejaba en muy mal lugar a la nación española, el valenciano Antonio José de Cavanilles, clérigo y eminente botánico, que había ido a Francia acompañando al duque del Infantado, de cuyo hijo era preceptor, publicó en París en 1784 unas *Observations de M. l'abbé Cavanilles sur l'article Espagne de la Nouvelle Encyclopédie*, divididas en materias, donde realizaba una breve disertación panegírica en cada una. Dentro del apartado de poesía Cavanilles nombra en primer lugar a Tomás de Iriarte, refiriéndose a la publicación en 1779 del poema *La Música*, la traducción del *Arte poética* de Horacio y de sus mejores sátiras, y de la versión de la *Eneida*, que en esos momentos ocupaba al literato canario. También un paisano de Iriarte, de la misma época, José de Viera y Clavijo (1982: II, 927), el famoso historiador de Canarias, decía en su «Biblioteca de los autores canarios», que conocía que Iriarte «trabaja actualmente la traducción en verso castellano de toda la *Eneida*, y hay motivo fundado de esperar que éste sea el más lozano de sus laureles».

Sin embargo, no todos van a ser elogios. Parece que cada acto realizado por Iriarte suscitaba también muchos recelos y críticas, y, como dijo Cotarelo (2006: 369), «el sólo hecho de imprimir Iriarte reunidas su obras, hizo brotar ásperos censores». El propio Cotarelo (2006: 370-372) de esta manera relaciona ciertas poesías que algunos de estos detractores escribieron, donde hay alusión en parte a su labor de traductor, entrando aquí el poema épico de Virgilio.

En el terreno de la imitación, como apuntan Millares Carlo y Hernández Suárez (1980: IV, 273), Francisco Durán, usando versos de esta versión poética de la *Eneida*, compuso la obra *Dido abandonada. Soliloquio trágico, dispuesto con versos de la traducción que hizo D. Tomás de Yriarte de los quatro primeros libros de la Eneida de Virgilio* con tres ediciones (Madrid, 1792; Valencia, 1817 y París, 1817).

Además, entre algunos traductores canarios de Virgilio posteriores a Iriarte, esta versión de la *Eneida* era muy conocida (Salas Salgado 1993). El principal de ellos fue Graciliano Afonso Naranjo, autor a mediados del siglo XIX de la única traducción completa de la *Eneida* que conservamos en Canarias, quien en la «Advertencia al lector» explica las razones que le movieron para publicar aquella «cuando existen los cuatro primeros libros traducidos en verso también endecasílabo por D. Tomás de Iriarte» (en Becerra Bolaños 2007: 269) y la traducción de Gregorio Hernández de Velasco, elevándola así a un grado superior. Recientemente, las versiones modernas de Virgilio (véanse, por ejemplo, Fontán Barreiro 1986: 22-23; Fernández Corte 1989: 105-106; Hernández 2003: 89) no citan el texto de Iriarte, seguramente por ser incompleto. Sin embargo, a pesar de aquella falta de calor y la carencia de vivacidad

que se han atribuido desde Menéndez Pelayo a esta traducción, la misma se ve recompensada con una justa adecuación al texto latino.

BIBLIOGRAFÍA

- BECERRA BOLAÑOS, Antonio (ed.). 2007. *Antología poética de Graciliano Afonso*, Barcelona, Academia Canaria de la Lengua («Biblioteca Manuel Padorno»).
- COTARELO Y MORI, Emilio. 2006. *Iriarte y su época*, Santa Cruz de Tenerife, Artemisa.
- CRISTÓBAL, Vicente. 1992. «Introducción» en Virgilio, *Eneida*, trad. y notas de Javier de Echave-Sustaeta, Madrid, Gredos, 11-133.
- ECHAVE-SUSTAETA, Javier de. 1964. *Virgilio y nosotros*, Barcelona, Cefiso.
- FERNÁNDEZ CORTE, José Carlos. 1989. «Introducción» en Virgilio, *Eneida*, trad. de Aurelio Espinosa Pólit, Madrid, Cátedra, 9-115.
- FONTÁN BARREIRO, Rafael. 1986. «Introducción» en Virgilio, *Eneida*, Madrid, Alianza, 7-24.
- HERNÚÑEZ, Pollux. 2003. «Introducción» en Virgilio, *Obras completas*, trad. de Aurelio Espinosa Pólit & Arturo Soler Ruiz, Madrid, Cátedra, 9-90.
- IZQUIERDO IZQUIERDO, José Antonio. 1989. «Diego López, traductor de Virgilio: aproximación a un alumno del Brocense» en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, Universidad Complutense, III, 543-551.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1952a. *Biblioteca de traductores españoles*, Madrid, CSIC, II.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1952b. *Bibliografía hispano-latina clásica*, Madrid, CSIC, VIII-IX.
- MILLARES CARLO, Agustín & Manuel HERNÁNDEZ SUÁREZ. 1980. *Biobibliografía de escritores canarios*, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario-Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, IV (s. v. Iriarte).
- SALAS SALGADO, Francisco. 1993. «Virgilio en Canarias: versiones de su obra realizadas hasta el siglo XIX» en José M^a Maestre & Joaquín Pascual (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico*, Cádiz, Instituto de Estudios Turolenses-Universidad de Cádiz, II, 985-992.
- SALAS SALGADO, Francisco. 1999. «Consideraciones sobre la *patrii sermonis egestas* en las traducciones del Humanismo español», *Livius* 13, 173-197.
- SALAS SALGADO, Francisco. 2007. *Los clásicos latinos y su traducción en el siglo XVIII. Las reflexiones de Juan y Tomás de Iriarte*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea.
- VIERA Y CLAVIJO, José de. 1982. *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, introducción y notas de Alejandro Cioranescu, Santa Cruz de Tenerife, Goya, II.